



Sangre, votos, manifestaciones

ETA y el nacionalismo vasco radical 1958-2011

**GAIZKA FERNÁNDEZ SOLDEVILLA
Y RAÚL LÓPEZ ROMO**

Prólogo de José Luis de la Granja. Editado por Tecnos, Madrid, 2012, 403 páginas.

Desde el punto de vista formal, nos encontramos con una obra estructurada en diez capítulos, a los que se suma el prólogo (escrito por José Luis de la Granja, uno de los referentes académicos cuando de la historia del nacionalismo vasco hablamos), la introducción, el epílogo, así como un apartado de anexos documentales que completan, aún más si cabe, el libro.

ETA y el nacionalismo vasco radical 1958-2011 está llamada a ser una obra de referencia sobre la que cualquier investigador que quiera desentrañar la realidad política, económica, social y cultural de Euskadi deberá apoyarse obligatoriamente. El rigor científico es protagonista en cada una de sus páginas; los autores utilizan fuentes múltiples y diversas (hemerográficas, archivísticas, entrevistas personales...). Bien podría decirse que nos encontramos ante una tesis doctoral.

Este carácter científico se complementa con una redacción fluida y directa, contundente en algunas ocasiones, lo que facilita su lectura. Igualmente, al inicio de cada capítulo López y Fernández realizan un resumen de los puntos que tienen previsto analizar, ciñéndose a ese guión de forma escrupulosa y ordenada.

Buscando criterios (excluyentes) para definir un proyecto político

En cuanto al contenido, sobresale el capítulo introductorio. En el mismo, destacan dos elemen-

tos que serán uno de los ejes vertebradores de la obra. La invención de un conflicto por parte del nacionalismo vasco radical entre vascos y españoles que, como enfatizan López y Fernández, “no existe”. Consecuentemente, al no haber conflicto, ello da lugar a una manipulación de la historia cuyo hilo conductor es el odio del nacionalismo vasco radical “contra los españoles”. Esto fue así durante la dictadura de Franco, en la Transición (al respecto, nada baladí la observación que hacen los autores: ETA y su aparato político han despreciado cuantas oportunidades les ha dado la historia, por ejemplo la Ley de Amnistía de 1977) y finalmente, en la democracia, periodo en el que ETA ha cometido mayor número de asesinatos.

A lo largo de su trayectoria, el nacionalismo vasco radical no ha variado ni su objetivo (la creación de un Estado independiente) ni el nombre de su enemigo (el Estado español al que se define con distintos adjetivos, todos ellos complementarios, como opresor o colonial). Lo que sí ha alterado son los criterios para excluir de la “comunidad nacional vasca” a un sector importante de la misma (“los españoles”). Si Sabino Arana dio preferencia a los apellidos (sin olvidar el binomio lengua-religión), posteriormente (años sesenta del siglo XX) se dio preferencia a la lengua, siguiendo las tesis de Federico Krutwig, partidario de que perdieran su condición de vascos aquellos “autóctonos” que se expresaran en castellano. Esta premisa la llevó Krutwig hasta

sus últimas consecuencias, puesto que caracterizaba al lehendakari en el exilio Jesús María Leizaola como un “falso nacionalista que en otro país hubiese merecido ser fusilado de rodillas y por la espalda”. ¿La causa?, que no había enseñado euskera a sus hijos (p. 56).

Pronto se demostró que estos criterios arrastraban al proyecto político del nacionalismo vasco radical al fracaso, puesto que chocaban frontalmente con una realidad caracterizada por su pluralidad política, mezcla demográfica, bilingüismo y, en definitiva, existencia de identidades territoriales múltiples (p. 73).

Ante ese obstáculo, la respuesta del nacionalismo vasco radical fue inmediata: a partir de finales de los años 60 otorgará protagonismo absoluto el factor ideológico en función del cual, de esa pretendida nación vasca, quedarían excluidos los vascos no nacionalistas. Dicho con otras palabras: solo los nacionalistas serían auténticos vascos (p. 97), lo que se traducirá en la eliminación física “del español” (políticos de la UCD, AP, PSE, guardias civiles...) que era justificada sin rubor: “¿vamos a meter en el mismo saco de condenación al invasor que viene a atropellar a un pueblo y al hijo de ese pueblo que lo defiende?” sostenía Telesforo Monzón, miembro de HB en las Cortes Generales (p. 267).

La capacidad de penetración social de un proyecto liberticida

Desde sus orígenes, el nacionalismo vasco radical y ETA han contado con la aprobación de un amplio porcentaje de la sociedad vasca, con el relativismo de otra parte de la misma (que ha preferido mirar hacia otro lado aun estando en contra de la banda terrorista), sin olvidar la postura deliberadamente ambigua del PNV. De esta formación, los autores nos recuerdan su tendencia a establecer categorías de víctimas, como por ejemplo en 1978, cuando convocó una manifestación “no contra la banda armada, sino contra la violencia venga de donde venga”

(y en la cual, la formación *jeltzale* vetó la presencia de integrantes de la UCD).

Esta idea enlaza con otra fundamental desarrollada a lo largo del libro: las relaciones del PNV con el nacionalismo vasco radical. Estas han existido y nunca el cordón umbilical se ha roto, sentencian López y Fernández. Retrotrayéndose en el tiempo, ofrecen un dato histórico valioso: la cooperación entre ambos nacionalismos (radical y moderado), aunque vivió su momento álgido con el Pacto de Estella (1998), había tenido otros precedentes como la Cumbre de Chiberta en 1977. En esta no se llegó a ningún acuerdo, entre otras razones porque aparecieron algunas características que han configurado el escenario político del País Vasco durante estos últimos treinta años: el nacionalismo radical excluía las alianzas con los partidos no *abertzales* (lo cual chocaba frontalmente con la estrategia pactista del PNV) y porque estaba en juego el monopolio en el campo del nacionalismo (p. 115).

Al respecto, es muy interesante la explicación que dan los autores acerca de las causas por las que sí triunfó Estella: irrupción de una nueva generación de dirigentes en el PNV caracterizados por su radicalidad (Ibarretxe o Egibar); ETA había olvidado el marxismo; y, sobre todo, el PNV temía perder el Gobierno ante el frente constitucional creado en Ermua por PP y PSE.

La combinación ETA-nacionalismo radical fue penetrando en todos los espectros sociales, generando una comunidad dentro de otra mayor, lo que da cuenta de la magnitud del apoyo y aprobación recibidos. Así, durante los años 80: “el entramado civil de la banda se fue ampliando con la aparición o apropiación de empresas deportivas, educativas y culturales, su expansión en el mundo asociativo, su influencia en la universidad, una extensa red de *herriko* tabernas, la promoción del rock radical vasco, el monopolio de las fiestas populares. Apareció entonces una sociedad dentro de la sociedad (...). En defini-

tiva, se trataba de una comunidad incivil” (p. 145).

Este hecho ilustra la habilidad que ha tenido el nacionalismo vasco radical para hacer suyas cuantas banderas reivindicativas fueron surgiendo en los años setenta y ochenta, como, por ejemplo, el movimiento feminista o el antinuclear. A ambos los instrumentaliza de tal manera que, cuando entra en contacto con este tipo de grupos, las relaciones que establece parten de una premisa innegociable: la defensa incondicional de ETA (pp. 252-253).

Desmitificando algunas explicaciones por falsas

En muchas ocasiones hemos oído o leído la frase de que “ETA tenía razón de ser contra el franquismo porque buscaba un régimen de libertades para el País Vasco”. López y Fernández muestran la falsedad de tal premisa: “ETA no sólo era una organización antifranquista, sino antiespañola, revolucionaria y *abertzale* radical” (p. 334).

Algo parecido hemos percibido con respecto a la historia y trayectoria de ETA político-militar (ETA-pm), considerada por algunos como la “ETA buena”. Todo lo contrario: aunque en menor grado que ETA militar, también asesinó, extorsionó, secuestró (por ejemplo, a Javier Rupérez) y financió a grupos terroristas ubicados más allá de las fronteras españolas. Finalmente entregó las armas, pero algunos de sus cuadros se integraron en la “única ETA”.

En este sentido, en España es de uso recurrente elevar a la categoría de modelos a aquellos integrantes de ETA que tras tener en su haber numerosas víctimas mortales deciden abandonar la organización terrorista (el ejemplo más mediático quizás fuera el de Dolores Catairaín, “Yoyes”), haciendo una suerte de tábula rasa sobre su anterior pasado sanguinario como si este no hubiera existido. Al respecto, López y Fer-

nández ponen en el centro de sus análisis a la organización Euskadiko Eskerra (EE), bajo cuyo control estaba ETA-pm: “no se debe dar una visión edulcorada de la historia de ETA-pm y Euskadiko Eskerra. Los “polimilis” nunca fueron una ETA buena y es necesario remarcar que hasta 1981, como poco, tanto el partido como la coalición fueron cómplices de la organización terrorista”. No obstante, reconocen que la disolución de ETA-pm fue la principal aportación de EE a la convivencia democrática en el País Vasco (pp. 206-207).

Pese a ello, la disolución de los “polimilis” y la reinserción de sus miembros ha sido magnificada, obviando que este proceso tuvo una laguna fundamental: en ningún momento se contó con la opinión de las víctimas, ya que “no hubo más remedio que fingir que aquellos “expolimilis” no habían tenido absolutamente nada que ver con los atentados mortales de la organización. (...) Sus víctimas y sus familiares callaron, nadie sondeó su posible opinión, nadie se preocupó de saber dónde estaban y nadie valoró su palpable silencio” (p. 203).

Finalmente, los autores desenmascaran el significado real del adjetivo “socialista” que aparece en las declaraciones programáticas del nacionalismo vasco radical y de ETA. Tal calificativo apenas si tiene influencia en su organización, ni en el pasado (salvo Mario Onaindía, nadie había leído a Karl Marx, pp. 32-33), ni en la actualidad “no es de extrañar que de ETA no se haya expulsado a nadie por no ser de izquierdas, pero sí por no ser lo suficientemente *abertzale*” (p. 33).

En conclusión: lecciones del pasado para el presente

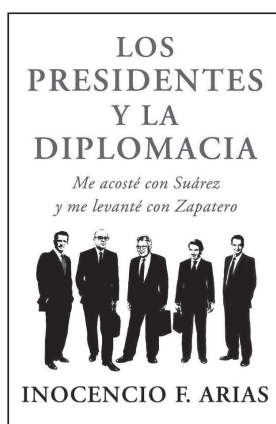
Por tanto, de cara al futuro inmediato, López y Fernández advierten: “es cierto que, en los últimos años, ETA ha declarado treguas que calificó como permanentes o indefinidas, y que, sin embargo, terminaron con nuevos ase-

sinatos. Conviene, por tanto, guardar cautela. (...) El problema es que las huellas del fanatismo no se borran de la noche a la mañana. (...) Por lo tanto, que muchos etarras dejen de apretar el gatillo no lo cambia todo inmediatamente” (p. 340).

Y es que el País Vasco ha vivido desde 1975 un escenario caracterizado por la combinación de dos elementos complementarios como son

atentados e intimidación y por la presencia de organizaciones políticas como Herri Batasuna que actuaba a modo de retaguardia de los fines de ETA, empleando como herramienta la perversión del lenguaje y la desnaturalización de los conceptos. El resultado es que quienes practicaban el terrorismo eran las víctimas y quienes lo sufrían, los victimarios.

ALFREDO CRESPO ALCÁZAR



Vida y diplomacia, made in Chencho

*Los presidentes y la diplomacia.
Me acosté con Suárez y me levanté con Zapatero*

INOCENCIO F. ARIAS

Plaza y Janés, Barcelona, 2012, 434 páginas.

Sin duda se llama Inocencio F. Arias, aunque pocos saben que esa última inicial lo es de Félix, su segundo nombre propio. En cualquier caso, todos sus amigos y compañeros le llamamos *Chencho*. Goza, por otra parte, de una suerte de eterna juventud desde la que ha ido relatando en varios libros, con acertada amenidad, una vida muy variada pero cuyo hilo conductor es el fiel e inteligente servicio a España y su política exterior, dentro o fuera de sus fronteras nacionales. La mejor prueba de lo dicho es que el último libro de este ilustre almeriense, *Los Presidentes y la diplomacia*, se refiere al tiempo en que estuvo a las órdenes de los cinco sucesivos presidentes que, hasta las últimas elecciones generales, ha tenido nuestra todavía joven democracia: es decir, a don Adolfo Suárez, don Leopoldo Calvo Sotelo, don Felipe González, don José María Aznar y don José Luis Rodríguez Zapatero. El subtítulo lo aclara: “Me acosté con Suárez y me levanté con Zapatero”.

Su jubilación por motivos cronológicos no le permitirá, seguramente, contarnos pronto algo semejante sobre la presidencia de don Mariano Rajoy, lo que sin duda disgustará a la gran mayoría de votantes que situaron a este en su actual domicilio monclovita.

Hay otros cronistas de ese periodo, y seguramente harán un buen trabajo; pero no es fácil que dispongan de una información análoga a la de quien ha sido diplomático de base (el firmante le conoció como secretario de nuestra Embajada en La Paz, a fines de los años sesenta) y, después, director de la Oficina de Información Diplomática, subsecretario y secretario de Estado con centristas, socialistas y populares, así como embajador ante la ONU en la que presidió el Comité Mundial contra el Terrorismo, nada menos.

Nuestro amigo Chencho, Arias de apellido, ha relatado en estas páginas (Plaza y Janés, Barcelona, 2012) muchos e interesantes episodios de